

CAPITULO II.

CONSIDERACIONES SOBRE EL PRIMER SISTEMA DE LA INDIFERENCIA
O SOBRE LA DOCTRINA DE LOS QUE, NO VIENDO EN LA
RELIGION, MAS QUE UNA INSTITUCION POLITICA, NO
LA CRFXN NECESARIA SINO PARA EL PUEBLO.

La Religion se halla junto á la cuna de todos los pueblos, como se halla la filosofia cerca de su tumba. « No se fundó, « dice Rousseau » ningun estado, que no haya tenido la Religion » por base ¹. » Y cuando la filosofia ha querido

¹ *Contrato social*, libro IV, cap. VIII.

fundar un Estado sin religion, se ha visto forzada á darle ruinas por base; ha establecido el poder sobre el derecho de trastornarle, la propiedad sobre el despojo, la seguridad personal sobre los intereses sanguinarios de la multitud, las leyes sobre los caprichos. Este orden social filosófico ha existido algunos meses, durante los cuales, ha visto la Europa reunirse en su centro mas calamidades y excesos, de los que ofrece ella misma en la historia de mas de diez siglos precedentes; y si Dios no hubiera abreviado estos dias horribles, yo no sé si hubiera quedado un ser humano con vida, para recoger el fruto de la mas terrible leccion, que jamás asombró á la tierra.

Digan lo que quieran los sofistas, está probado de hecho, que no podria existir un pueblo ateo^{*}; pues que la sola tentativa de substituir el ateismo á la Religion, ha revuelto

^{*} El ateo Diderot, apreciador no sospechoso de su propia doctrina, conviene en esto; y su confesion tiene tanto mas peso cuanto, que está consignada en una correspondencia, que no estando destinada á la luz pública, debe manifestar mas fielmente, que sus demas obras, los verdaderos sentimientos del autor.

de arriba abajo la sociedad en Francia. Aun tambien la opinion contraria, avanzada desde luego como una simple paradoja, por hombres de una imaginacion desarreglada, no ha podido venir á ser una creencia, sino para un corto número de insensatos, no menos desprovistos de luces, que llenos de orgullo, y tan profundamente perversos, que cada pensamiento era en ellos un crimen.

En todo tiempo se ha conocido que la Religion era el fundamento de los deberes, como á su vez los deberes son el único lazo de la sociedad. Nada puede suplir á la conciencia, que por sí misma suple por todo. Se ha tenido á bien hablar á los hombres del bien público, del interes general; pero el interes particular será constantemente su único móvil; y el poder mismo de la Religion está, en que ella muestre á cada uno en particular un interes inmenso en

Véanse aquí sus propias palabras: «Se ha dicho alguna vez, que un pueblo cristiano, tal como debe ser, segun el espíritu del Evangelio, no podría subsistir. Esto sería mucho mas cierto de un pueblo filósofo, si fuera posible formar uno; hallaría su fin al salir de la cuna, en el vicio de su constitucion.» *Correspondencia de Grimm y Diderot*, tom. I.

concurrir todos al bien general. No se necesita mas que un buen juicio para ver esto. Los antiguos legisladores no se descuidaron en este punto; en lugar de declamar locamente contra la Religion, se sirvieron de ella, para consolidar el edificio social: la establecieron en todas partes, en la familia, en los hogares, y en el Estado, como parte de la constitucion y del gobierno. Ellos hicieron descender del cielo las leyes, y dieron por la opinion un cierto caracter de divinidad á todos los acontecimientos de la vida humana, á todas las instituciones civiles, aun á los objetos inanimados, á los bosques, á los ríos, á las piedras destinadas á separar las heredades; y, si bien se considera, se convendrá en que el paganismo multiplicó á lo infinito las divinidades, á causa de la necesidad infinita, que tiene el hombre de la divinidad.

Cuando se corrompieron las costumbres, cuando la razon comenzó á examinar con aversion sus creencias, fué sin duda muy facil reconocer la falsedad del politeismo; mas no era lo que habia de falso en la Religion lo opuesto á las inclinaciones del corazon, y por consecuen-

cia lo que excitaba su odio: tambien la filosofia, dejando á la idolatría en paz, dirigió principalmente sus ataques contra las verdades que importunaban á las pasiones; contra los principios de la moral; contra las penas y recompensas futuras; contra la inmortalidad del alma, y contra la existencia de Dios. La licencia protegida por esta filosofia, le atrajo muchos discipulos; pero, lejos de revocar á duda la necesidad política de la Religion, se penetraron tanto de ella, que la confundieron con las instituciones puramente políticas, y la creyeron una invencion del legislador. Bajo este título quedó ella exteriormente sagrada como las leyes, y aun el magistrado, imbuido en las máximas de Epicuro hubiera castigado con inflexible severidad, cualquier atentado contra el culto establecido.

Antes de examinar este sistema filosófico, conviene considerarle, para decirlo así, en accion entre los antiguos y entre los modernos. Este es el mas corto y el mas seguro camino, para formarse una idea cabal.

Se introdujo este sistema entre los Romanos, quando comenzaba á declinar la república, y el

origen de este mismo fué concausa de la decadencia de las virtudes públicas y privadas. Sin embargo, al principio penetró por entre los Grandes; siempre fácilmente seducidos por todo lo que lisonjea el amor propio, lo que tranquiliza las pasiones y alivia el tormento del fastidio: el pueblo estuvo mucho tiempo ageno de la nueva filosofia, y á esta época debe fijarse el cuadro que Gibbon trazó del estado religioso del imperio.

Los diferentes géneros de cultos, que prevalecian en el imperio romano, eran todos reputados por el pueblo, como igualmente verdaderos: por la filosofia como igualmente falsos; por el magistrado como igualmente útiles: y esta tolerancia produjo no solamente una indulgencia mutua, sino una verdadera conformidad en las religiones.

La supersticion popular estaba libre de toda mezcla de odio, de toda acrimonia teológica, ni tampoco estaba encadenada en el círculo de un sistema exclusivo. El devoto politeísta, aunque adherido á su culto, y al rito nacional, admitia con una fe implícita todas las religiones de la tierra.

« Los filósofos conservaban en sus escritos y
 « conversaciones la independencía y la dignidad
 « de su razon ; pero quanto á las acciones , se su-
 « jetaban á las reglas establecidas por las leyes y
 « el uso. Mirando con una sonrisa lastimera é in-
 « dulgente los errores del vulgo , practicaban con
 « exactitud las ceremonias religiosas de sus ante-
 « pasados , frecuentaban con devocion los tem-
 « plos de los Dioses ; uno de ellos mismos hacien-
 « do su papel en el teatro de la supersticion ,
 « ocultaba los sentimientos de un ateo bajo el
 « vestido pontifical. Hubiera sido dificil el deter-
 « minar á unos hombres que discurrían así , pa-
 « ra que entrasen en disputas sobre los diferentes
 « modos de creencia ó de culto. Les hubiera sido
 « muy indiferente , que las locuras de la multitud
 « tomáran esta ú otra forma , y ellos se aproxima-
 « ban con el mismo desprecio interior , y el mismo
 « respeto aparente á los altares de Júpiter de Li-
 « bia , que al del Olimpo , como al del Capi-
 « tolio * . »

Sorprendería menos el gusto , con que el señor

* *Historia de la decadencia y de la caída del imperio ro-
 mano* , tom. I. , cap. 2.

Gibbon pinta la incredulidad romana , si hu-
 biera ignorado sus terribles efectos. Mas él sabia
 mejor que ninguno , que el *desprecio interior* de
 los filósofos , no solo por *el Júpiter de Libia* , y
el del Olimpo , si tambien por toda otra divinidad ,
 no tardó en propagarse entre los *devotos politeis-
 tas* , y que , á ejemplo de los Grandes , vino á ser
indiferente en todo , excepto en el *placer* , y que la
multitud se desprendió de tal modo de las *locuras*
 y de las *supersticiones* antiguas , que el imperio ,
 privado del apoyo que le daba la Religion , se tar-
 taleaba como un embriagado , y desapareció en
 el lodo donde le habian echado con ignominia los
 pueblos constantes en sus creencias y costum-
 bres. Montesquieu no duda atribuir su caída á la
 filosofia de Epicuro ; cuyo resultado admira Gib-
 bon con tanta franqueza * . El no consideró que
 el cuadro que queria presentar lleno de atrac-
 tivos , no es mas que una descripcion espan-
 tosa del vicio interior , que debía infalible-

* Bolingbrocke piensa sobre este punto absolutamente como
 Montesquieu. « El olvido y el desprecio de la Religion fueron , dice ,
 » la causa principal de los males que Roma experimentó despues.
 » La Religion y el Estado cayeron proporcionalmente. » Tom. IV.
 pag. 428.

mente conducir á Roma á su propia ruina. Si se considera con atencion el género humano, en la época en que comienza esta grande revolucion, no costará mucho trabajo descubrir entre el estrépito de los acontecimientos, las causas que la hicieron necesaria. El cuerpo social estaba débil, y el vigor aparente que siguió manifestando algun tiempo despues, consistia únicamente en que hasta la disciplina militar, se alteró en seguida como todo lo demas. El poder absoluto de los Emperadores pudo suplir por el momento á la falta de leyes, costumbres y Religion. Hubo, no sé que triste imitacion de orden; y prestaron obediencia porque no pudieron menos de temblar. La espada legionaria fué el cetro con que se gobernó á estos Romanos altivos que habian puesto cadenas al mundo entero, y como jamás se habia conocido una dominacion semejante, tampoco se vió jamás otra esclavitud como esta.

Comenzando desde el reinado de Tiberio, se dejan ver las almas en tal estado de depravacion, que aun hoy mismo choca; ó, mas bien, se advierte manifestarse una degradacion, ya existente, que no esperaba sino el primer ejemplo

y un indigno salario, para manifestarse en toda su plenitud, y tomar, en cierto modo, posesion solemne del oprobio. Dejábanse notar, sin embargo, aunque á lo lejos, ciertas virtudes raras en la sociedad; virtudes, parecidas á los fuegos nocturnos que se ven á las orillas del mar tempestuoso, por alumbrar al navegante, pero que parece no resplandecen, sino para hacer ver los naufragios que debian haber ellas mismas impedido. ¿Qué eran, pues, tales virtudes examinadas con calma, despues de todo lo que de ellas quiera decirse, sino la facilidad para alcanzar el valor de morir, digámoslo mejor, de substraerse á la fatiga de vivir? La fuerza de las almas elevadas á lo sumo consistia en la conformidad de rendirse bajo la carga de tales y tan calamitosos tiempos. Júzguese del pueblo entero por las excepciones.

El espíritu humano no sabia que hacerse; despojada de sus creencias, y aun de sus opiniones mismas, fluctuaba en un océano inmenso de incertitud y de dudas. Ya no habia paganismo, ni tampoco filosofia; como no se quiera dar este nombre á los juegos fútiles del

talento, con que algunos Romanos se divertian en sus tiempos de recreo, sentados en los jardines de su quinta, ó bajo los pórticos de sus palacios, sin que de todos estos discursos ingeniosos, pudiese deducirse una regla fija de la conducta, ni un principio directivo de la conciencia. Disertábase sobre los Dioses, para dudar si existian; sobre los deberes, para eludir el cumplirlos; sobre la muerte, para concluir que es necesario darse prisa para gozar de la vida; y todos se abandonaban con docilidad por encima de todo á la corriente del impetuoso rio, que se llevaba por junto los escombros del órden social, de los hombres, de las instituciones y del mismo imperio.

Con todo eso, á pesar de la indiferencia, y tal vez por esta misma indiferencia, el culto subsistió, pero era ya un culto vacío de fe, y por lo mismo sin efecto alguno. Continuábase en atestar por autoridad de los Dioses inmortales en la tribuna: nunca retóricos abundaron tanto en máximas, en pomposas sentencias de moral, y á pesar de esto la sociedad se debilitaba visiblemente; porque las frases no son creencias, y las declamaciones insignificantes no pueden ocupar el lu-

gar de las doctrinas sociales. La filosofía misma, aunque decidida á no reconocer en estas doctrinas mas que preocupaciones, no ha podido tambien menos de reconocer en nuestros dias que ellas son necesarias. « Los hombres necesitan tener preocupaciones, » dice uno de sus mas célebres sectarios, en una obra en que enseña el ateísmo; « sin ellas no hay resorte, no hay acción, todo se entorpece, todo muere. » Según esto la muerte de la sociedad, la muerte del género humano, seria el resultado de la victoria que la moderna sabiduría se propone alcanzar contra lo que llama ella *preocupaciones*. Esto lo sabiamos ya nosotros; pero es muy gustoso el oírsele á él de su misma boca.

El Cristianismo, pues, halló el medio de fijar su imperio en este mismo estado de debilidad moral, resultado cierto de la privación de la verdad, y presagio de una próxima disolución; y para ello, le fué necesario superar los obstáculos de la indiferencia general, la resistencia de los magistrados resueltos á sostener el paganismo,

¹ Correspondencia literaria de Grimm y de Diderot, tom. V.

no ya como Religion, si como institucion del Estado. Este fué, sin duda, el motivo de haberse dictado tantos edictos sanguinarios. Tuvo en esto tan poca parte el fanatismo religioso, que se vieron al mismo tiempo unos perseguidores acerrimos de la Iglesia en las personas de Marco-Aurelio y de Trajano, tanto como en la del mismo Neron. Proscribieron á los Cristianos, como enemigos de las leyes, y es muy digno de notar, que la intolerancia política es la mas bárbara é implacable; porque no la modera la Religion que ella defiende. En toda religion, aunque falsa, hay algo de generoso y favorable á la humanidad; la política, por el contrario, no conoce la compasion, y siempre se deja ver serena y fria aun en medio de su atrocidad. Esto se ha visto en todas las épocas, y nada se parece mas á las persecuciones de los emperadores contra los primeros Cristianos, que la persecucion de Inglaterra contra los católicos, si se considera el asunto bajo este punto de vista. Pero trataremos esta materia en otra parte, porque merece particular atencion.

No hay mas que un solo medio de sacar á los

hombres de la indiferencia, en que los abismó el abuso de la razon; y es el domar esta razon altiva, forzándola á someterse á una autoridad tan elevada y magnífica, que no pueda desconocer en ella los derechos. Se la debe convencer de que hay una razon superior, regla invariable de lo verdadero, á la que debe subyugarse como al monarca supremo de todas las inteligencias; es necesario, en una palabra, que reconociendo la soberania de Dios, se resuelva por una obediencia absoluta, que reteniéndola en su lugar, de donde nunca se puede separar sino para extraviarse, la impida el que ella misma se arrebatase la posesion de la verdad. He aquí, lo que hizo maravillosamente el Cristianismo. Anuncióse, desde luego, con todos los caracteres de la divinidad, y luego que probó su origen celeste, desterró todas las dudas, no dejando indecisa una sola verdad necesaria; y obligó á la razon humana á someterse á la divina, y á escuchar, silenciosa, con un pleno asenso, las sublimes lecciones que le dictaba. Adquiriendo el principio de accion ó la fe un grado de fuerza, proporcional con la infinita autoridad que la

enseñaba, se pudo decir al hombre: *Sè perfecto, como lo es el mismo Dios*. Se le pudo mandar todo; porque *todo es posible para el que cree*: y ciertamente, cualquiera que considere lo que era el género humano bajo Tiberio y sus sucesores, confesará la necesidad absoluta de un poder infinito; para substituir á las costumbres de estos siglos bárbaros la severa moral del evangelio, y á la filosofía escéptica su doctrina rigurosa, en oposicion á las máximas de disolucion, tan profundamente arraigadas en los corazones. Este milagro es aun mas grande á los ojos del que sabe mirarle, que el de la resurreccion de un muerto; pues, la palabra, que hace revivir un cadáver volviéndole á la vida de los sentidos, no es acaso tan maravillosa como la que reanima á un pueblo entero, volviéndole á la vida de la inteligencia.

Una constante fidelidad al principio fundamental de la religion cristiana preservó á la Europa, durante quince siglos, no de los escán-

* *Omnia possibilia sunt credenti.* MARC. IX, 22.

dalos pasajeros del error, sino del mortífero letargo de la indiferencia. Solo se vió renacer en su seno esta terrible enfermedad, cuando la razon, rebelde á la autoridad suprema, hasta entonces su guía, se esforzó por recobrar la servil independendencia, de que la habia rescatado el Cristianismo.

La Reforma, que manifestó muy luego una baja inclinacion, y una veneracion impia á los héroes de la filosofía antigua*, no fué en sí misma, desde su origen, mas que un ensayo de filosofía anárquica, y un monstruoso atentado

* En la profesion de fe de Zwinglio, á Francisco I, este gefe de la reforma helvética, ponía en el cielo, al lado de Jesucristo y de los Apóstoles, no solo á Sócrates, Aristides, Antígono, Numa, Camilo, los Catones, los Escipiones, sino á Hércules y á Teseo. « Yo no sé porque, dice Bossuet, no puso á Apolo ú á Baco, y aun á Júpiter, y si ha retrocedido por las infamias que le han atribuido los poetas, ¿eran menores las de Hércules? » (*Hist. de las variac.* libr. XI, n. 19.) Lutero mismo se asombró al ver, que la Reforma en su nacimiento cayó en la indiferencia sobre religiones. Él escribió, que Zwinglio « habia venido á ser pagano, poniendo á los paganos impíos, y hasta un Escipion epicureo, hasta un Numa, órgano del demonio, para fundar la idolatría entre los Romanos, en el rango de las almas bienaventuradas. Porque ¿de qué sirven el bautismo y los otros sacramentos, la Escritura y el mismo Jesucristo, si los impíos, los

contra el poder general que rige la sociedad de las inteligencias. Ella hizo retroceder al espíritu humano hasta el paganismo, y causas semejantes á las que obraron entre los Romanos, al tiempo de su mayor corrupcion, produjeron semejantes efectos entre algunas naciones modernas, víctimas, sin advertirlo, de los mismos principios destructores. Consideremos por un momento la Inglaterra en particular. Su posicion aislada permitió á la Reforma extenderse con menos obstáculos, de modo, que no puede observarse mejor en alguna otra parte, su marcha progresiva, é influencia en la sociedad.

Los anarquistas de 1793, trataron de establecer el orden social sobre la *libertad* y la *igualdad*, *libertad* absoluta de accion, é *igualdad* de autoridad ó de derechos, lo que no era mas, que una consecuencia exacta de la soberanía del pueblo, que por una parte, excluyendo todo superior, deja á cada uno enteramente *libre*, y

» idólatras y los epicureos son santos y bienaventurados? ¿Y esto
» qué otra cosa es sino enseñar, que cada uno se puede salvar en
» su religion y en su creencia? » *Parv. Conf. Luth. Hosp.*

señor de sí mismo; y por otra, perteneciendo ella *igualmente* á todos, debe dividirse entre todos *igualmente*. Se sabe cual fué el resultado de esta doctrina; pero lo que pretendo hacer observar aquí, es la conformidad perfecta con la doctrina teológica de los protestantes. Habiendo puesto por principio la soberanía de la razon humana en materia de fe, ensayaron dar por base á la Religion la *libertad* y la *igualdad*, es decir, la *libertad* de creencia, y la *igualdad* de autoridad, y esta doctrina comun á los revolucionarios políticos y religiosos, ha debido tener, y ha tenido realmente un mismo resultado en el orden político y religioso; en el uno ha producido todos los crímenes, en el otro todos los errores, y durante las fatales discordias que condujeron á uno de sus reyes al suplicio, la Inglaterra ha experimentado simultáneamente este duplicado efecto.

Sintiéndose desfallecer, cada secta cuidaba de atribuirse sobre sus miembros una autoridad reguladora de las creencias y de las acciones; ó sea, de asirse á ciertos restos del principio conservador, ya imprudentemente derrocado. ¡Ten-

tativa inútil! mostrábasele desde luego, que no podia ella reclamar tal autoridad, sin condenarse á sí misma; y la impotencia absoluta de hallar un puesto de descanso sobre las movedizas arenas de la Reforma, forzó á los espíritus consecuentes á atravesar con rapidez el Cristianismo, para llegar al mismo término que la filosofía antigua, es decir al ateísmo por de pronto, y de allí á la indiferencia que reúne todos los errores á la vez; porque también excluye á la vez todas las verdades.

Entonces se operó en las ideas una revolución, tal como la de Roma hácia el fin de la república, dejaron de ocuparse en la Religión como verdadera, para considerarla bajo un punto de vista puramente político. Hizose de ella una institución del Estado, sumisa á su jefe aun cuanto al dogma mismo. Rehusaron creer en el Cristianismo sobre la autoridad de Dios, y se llegó hasta no creer en Dios, sino por la autoridad del rey; « porque es inmoral, é impio » dice un célebre filósofo inglés, cuando el soberano ha sancionado un símbolo, negar ó revocar á duda la autoridad divina en una sola

« línea, ó en una sola sílaba de este símbolo, » y considerando que « el testimonio y la autoridad de las leyes son la única garantía que tenemos contra el error¹ ». Tal es también el dictámen de Hobbes; los Cristianos, según él, están obligados á obedecer á las leyes de un príncipe infiel aun en materia de religión: « el pensamiento es libre, pero en lo que pertenece á la confesión de fe, la razón particular debe someterse á la razón general ó al soberano, que es el lugar-teniente de Dios². »

Es imposible confundir mas completamente el orden político y religioso, y manifestar una indiferencia mas absoluta hácia la verdad. Reconociase la necesidad de un culto; y por consecuencia la de una autoridad que le protegiese contra la inconstancia de las opiniones; y porque no se conocia otra autoridad exterior que el poder humano ú la fuerza, fue constituido árbitro independiente de la fe el depositario de la fuerza pública. Las pasiones y los intereses

¹ Lord Shaftsbury's Characteristics, vol. 1.

² Leviathan, pag. 258.

habianse dado una religion, así como se dieron una constitucion, y la Religion no vino á ser en sí misma, mas que un artículo de esta constitucion; especie de contrato entre el pueblo y el soberano, en que el pueblo estipuló su esclavitud religiosa, en cambio de lo que él tomaba de libertad política: y cuando digo su esclavitud, lo digo con intencion; porque la esclavitud consiste, no en la obediencia á la autoridad que es la sola libertad verdadera, y sí en la sujecion á una autoridad, que no tiene derecho á ser reconocida, ni obedecida como tal,

Desde que la Religion vino á ser una simple institucion política, y la fe una ley del Estado, cualquiera que profesó públicamente una fe diferente, debió ser mirado como rebelde á las leyes, y enemigo del Estado. De aquí las persecuciones que sufrieron los disidentes en Inglaterra, persecuciones puramente políticas en su naturaleza. Porque, nótese la diferencia: la Iglesia, sociedad espiritual, no considerando las diversas religiones sino bajo un respecto espiritual, es decir, como verdaderas ó falsas, es altamente intolerante hácia los errores; pero

no pronuncia contra las personas mas que penas espirituales. El poder político por el contrario, no considerando la Religion sino bajo un respecto independiente de su verdad, es en alto grado tolerante de los errores; se reserva para las personas toda su severidad, porque no puede conocer sino de los delitos ó acciones exteriores. Así fué que las leyes en Inglaterra no declararon tales ó tales doctrinas falsas; pero privaron de los derechos civiles á los sectarios de tal, ó cual culto, y condenaron á las personas, convencidas de haber ejercido tal ó cual culto proscrito, á prision, destierro y muerte; penas, todas ellas puramente civiles.

La indiferencia hácia la verdad que era el fondo de estas mismas leyes, protegió cada dia mas contra su rigor á las sectas, nacidas del protestantismo, que participaban en su totalidad mas ó menos de la misma indiferencia. Hermanas, para decirlo así, de la Religion establecida, se aproximaban en sentimientos, é intereses comunes, en tanto que la Religion católica, igualmente opuesta á cada una de ellas, las tuvo todas por enemigas, y acabó por llevar ella